



La Santa Sede

VII JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA CONSAGRADA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Sábado 1 de febrero de 2003

1. "Cuando llegó el tiempo de la purificación (...), llevaron a Jesús a Jerusalén, para presentarlo al Señor" (Lc 2, 22). El *Niño Jesús entra en el templo de Jerusalén en los brazos de la Virgen Madre*.

"Nacido de mujer, nacido bajo la ley" (Ga 4, 4), sigue el destino de todo primogénito varón de su pueblo: según la ley del Señor, debe ser "rescatado" con un sacrificio, cuarenta días después del nacimiento (cf. Ex 13, 2. 12; Lv 12, 1-8).

Aquel recién nacido, externamente en todo semejante a los demás, no pasa inadvertido: el Espíritu Santo abre los ojos de la fe al anciano Simeón, que se acerca y, tomando al Niño en sus brazos, reconoce en él al Mesías y bendice a Dios (cf. Lc 2, 25-32). Este Niño -profetiza- será luz de las naciones y gloria de Israel (cf. v. 32), pero también "signo de contradicción" (v. 34) porque, según las Escrituras, realizará el juicio de Dios. Y a la Madre, asombrada, el piadoso anciano le predice que eso sucederá a través del sufrimiento, en el que participará también ella (cf. v. 35).

2. Cuarenta días después de la Navidad, la Iglesia celebra este sugestivo *misterio gozoso*, que de algún modo anticipa el *dolor* del Viernes santo y la *alegría* de la Pascua. La tradición oriental llama a esta fiesta la "fiesta del encuentro", porque, en el espacio sagrado del templo de Jerusalén, tiene lugar el abrazo entre la condescendencia de Dios y la espera del pueblo elegido.

Todo ello cobra significado y valor *escatológico* en Cristo: él es el Esposo que viene a realizar la alianza nupcial con Israel. Muchos son los llamados, pero ¿cuántos están efectivamente dispuestos a acogerlo, con la mente y el corazón vigilantes? (cf. Mt 22, 14). En la liturgia de hoy contemplamos a María, modelo de los que esperan y abren, dóciles, el corazón al encuentro con

el Señor.

3. Desde esta perspectiva, la fiesta de la Presentación de Jesús en el templo resulta particularmente adecuada para que *las personas consagradas eleven a Dios su acción de gracias*, y con mucha razón, desde hace algunos años, se celebra precisamente en esta fecha la *Jornada de la vida consagrada*. El icono de María, que *en el templo ofrece a Dios a su Hijo*, habla con elocuencia al corazón de los hombres y mujeres que *se han ofrecido totalmente al Señor* mediante los votos de pobreza, castidad y obediencia por el reino de los cielos.

El tema de la ofrenda espiritual se funde con el de la *luz*, introducido por las palabras de Simeón. Así, la Virgen se presenta como candelabro que lleva a Cristo, *luz del mundo*. Juntamente con María, miles de religiosos, religiosas y laicos consagrados, se reúnen hoy en todo el mundo y renuevan su consagración, teniendo en las manos los cirios encendidos, expresión de su existencia ardiente de fe y amor.

4. También aquí, en la basílica de San Pedro, se eleva esta tarde una solemne *acción de gracias a Dios por el don de la vida consagrada en la diócesis de Roma y en la Iglesia universal*. Saludo muy cordialmente al señor cardenal Eduardo Martínez Somalo, prefecto de la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, y a sus colaboradores. Con afecto os saludo también a vosotros, hermanos y hermanas, religiosos, religiosas y laicos consagrados. Con vuestra presencia numerosa, devota y alegre, imprimís a esta asamblea litúrgica el rostro de la Iglesia-esposa, completamente dispuesta, como María, a cumplir sin reservas la palabra divina.

Desde lo alto de sus hornacinas, a lo largo de las paredes de esta basílica, los fundadores y fundadoras de muchos de vuestros institutos velan sobre vosotros. Recuerdan el misterio de la *comunión de los santos*, en virtud del cual, en la Iglesia peregrinante se renueva de generación en generación la opción de seguir a Cristo con una especial consagración, según *los múltiples carismas* suscitados por el Espíritu. Al mismo tiempo, esas veneradas figuras invitan a dirigir la mirada a la patria celestial, donde, en la asamblea de los santos, muchas almas consagradas alaban en plena bienaventuranza al Dios uno y trino, al que en la tierra amaron y sirvieron con corazón libre e indiviso.

5. Pobreza, castidad y obediencia son caracteres distintivos del hombre redimido, liberado en su interior de la esclavitud del egoísmo. *Libres para amar, libres para servir*: así son los hombres y las mujeres que renuncian a sí mismos por el reino de los cielos. Siguiendo las huellas de Cristo, crucificado y resucitado, viven esta *libertad como solidaridad*, llevando sobre sus hombros las cargas espirituales y materiales de sus hermanos.

Es el *multiforme "servitium caritatis"*, que se realiza en la clausura y en los hospitales, en las parroquias y en las escuelas, entre los pobres y los emigrantes, y en los nuevos areópagos de la

misión. De mil maneras la vida consagrada es epifanía del amor de Dios en el mundo (cf. *Vita consecrata*, cap. III).

Con el alma llena de gratitud, bendigamos hoy a Dios por cada uno de ellos. Que el Señor, por intercesión de la Virgen María, enriquezca cada vez más a su Iglesia con este gran don. Para alabanza y gloria de su nombre, y para la difusión de su reino. Amén.